

RECEPCION EN LA REAL ACADEMIA DE LA PURISIMA CONCEPCION DEL EXCMO. SEÑOR D. JUAN DE CONTRERAS Y LOPEZ DE AYALA, MARQUES DE LOZOYA

La huella de los escultores vallisoletanos en Segovia *

Señores Académicos:

Insigne honor constituye para mí el que os hayais dignado designarme para formar parte de esta Real Academia que se cobija bajo el manto de la Inmaculada Concepción. Confieso mi preferencia por el siglo XVIII que es, según el Maestro Eugenio d'Ors, la época en la cual la Humanidad ha estado más alejada de la caverna prehistórica, a la cual nuestra desventurada generación tiende a retornar, y la Academia condensa el optimismo entusiasta y militante del siglo XVIII. La Academia representa, en las Bellas Artes, el espíritu de la Monarquía borbónica, empeñada en dignificar la posición social de los artistas. En nuestras provincias el pequeño y selecto grupo de los Académicos se mantuvo en la avanzada de esta lucha constante contra las hordas de la incultura, en nuestra España tan numerosas y agresivas. El que me hayais llamado a formar parte de la milicia que desde el siglo XVIII viene luchando por la exaltación del arte en vuestra ciudad me llena de íntima satisfacción.

Comprendo que nada he hecho para merecer la distinción con que hoy me honrais, pues no puedo ofrecer realizaciones, sino sueños. Soñé en ver algún día terminada vuestra catedral herreriana y, desde la Dirección General de Bellas Artes, hice lo que pude por que esta aspiración vallisoletana de cuatro siglos se hiciese, por fin, realidad. Confieso mi fracaso en un proyecto que me hubiese hecho menos indigno de estar hoy entre vosotros.

* Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción, de Valladolid, el jueves, 9 de febrero de 1961, por el Excmo. Sr. Marqués de Lozoya.

Voy a hablaros de la vinculación en el orden artístico entre vuestra ciudad y la ciudad hermana de Segovia, en que nació.

Provincias limítrofes y hermanas, análogas en suelo, clima y sistema de vida, las provincias de Valladolid y de Segovia presentan, sin embargo, algunas diferencias que enriquecen esa multiplicidad de matices, esa riquísima diversidad dentro de una unidad esencial que es uno de los mayores encantos de nuestra España, una y múltiple. Segovia es, en una gran porción de su territorio, montaraz, pinariega y pastoril, en tanto que en los amplios campos vallisoletanos predomina una economía agrícola. Acaso originada por la pobreza de su territorio y por la finura y calidad de sus pastos que motiva el que la lana de sus ovejas merinas sea tenida por la mejor del mundo, Segovia se convierte, ya desde la edad media, en el más importante centro industrial de Castilla. De aquí una singularidad que se advierte también en las ciudades fabriles de Flandes y de Italia. En nuestro tiempo, ciudades industriales y ciudades de arte son algo antagónico, en tanto que en el medievo y en el Renacimiento eran compatibles en Florencia, en Brujas o en Segovia la profusión de iglesias y de palacios colmados de obras de arte con la actividad de los talleres.

Como en las ciudades italianas hay en Segovia una aristocracia fabril, cuyos agentes mantienen relación con los principales mercados de Europa. Son segundones de casas hidalgas del norte de España que buscan en la ciudad, en la fabricación y trato de los paños, un medio de vida. Colmenares, el Cronista de Segovia, llama a estos poderosos mercaderes "Señores de los Paños", y dice de ellos que eran "verdaderos padres de familia, que dentro de sus casas, y fuera, sustentan gran número de gentes (muchos de ellos a docientas y muchos a trecientas personas) fabricando por manos ajenas tanta diversidad de finísimos paños; empleo comparable con la agricultura; y mui importante en qualquier Ciudad y Reyno". Con la prosperidad, estos señores de los paños restablecían sus ejecutorias de hidalguía, labraban palacios blasonados y, ostentando en el pecho hábitos militares, emparentaban con la mejor nobleza de España, de Flandes y de Italia.

La riqueza no tenía en aquellos siglos otro empleo digno que la fundación de conventos y santuarios y la edificación de palacios, adornados con cuadros, esculturas y todo género de preseas. Pero se da el caso curioso de que Segovia, riquísima en arte, es muy pobre

en artistas, sin duda porque el ambiente industrial, de intenso trabajo, en que vivía la ciudad, producía una prosperidad económica propicia a las artes suntuarias, pero no a la formación de pintores y escultores.

Por el contrario, Valladolid, cuya riqueza monumental es acaso menor, era, durante los siglos XVI y XVII, uno de los más copiosos viveros de artistas, centro de una de las escuelas escultóricas más importantes de España. Por esto los encargos a Valladolid son frecuentes por parte de los mecenas segovianos que querían obras de gran categoría, que los modestos talleres segovianos eran incapaces de proporcionar. Así, en 1531, Diego y Francisco Sánchez (padre e hijo), mercaderes, encargan a un Benito Giráldez, vecino de Aguilar del Campo, aldea de Valladolid, el retablo berruguetesco de la Piedad en la parroquia de San Lorenzo. Por el mismo tiempo Don Jerónimo Arias Dávila y Virues encomendaba la construcción de su capilla en el convento de Santa María la Real de Nieva a un "Maestro Lope, ingeniero de Valladolid". El retablo de esta capilla pudiera ser obra del mismo Alonso Berruguete. Famoso es el retablo de la Piedad, de Juan de Juni, en la catedral, fechado en 1562, acaso la obra escultórica más importante del artista, y sin duda es de su taller la Dolorosa, inédita, que se venera en el convento de Padres Franciscanos. La huella de las gubias vallisoletanas se advierte en toda la provincia.

De los talleres de Valladolid fue, sin duda, el de Gregorio Fernández el que recibió más encargos de mercaderes, frailes y canónigos segovianos. Placía, sin duda, en el austero y realista ambiente de Segovia, el perfecto modelado, el contenido patetismo de las obras del imaginero gallego. Es curioso el consignar el origen ultramontano de aquellas corrientes artísticas que arraigan más tenazmente en nuestra Patria. Nada hay que más fielmente refleje el espíritu español que El Escorial y cada uno de los elementos que integran el gigantesco monumento procede de Italia o del centro de Europa. La imaginería policroma viene a ser la más característica de las expresiones plásticas de España y hemos de buscar su origen en Felipe Bigarny, un borgoñón, y en Jacobo l'Indaco, un italiano. Otro artista oriundo de Borgoña, Juan de Juni, y un milanés, Pompeo Leoni, dan origen a la gran escuela de Valladolid, que tiene del primero el vigoroso realismo y la dramática expresión y del segundo la majestuosa y noble serenidad. La obra de Gregorio Fernández en Segovia está muy parcamente documentada y es difícil establecer una cronología

segura. Yo tengo para mí que acaso tenga la primacía la imagen de Cristo yacente que se venera en la capilla de la familia Bravo de Mendoza, instalada en el ábside románico del lado del evangelio de la Parroquia de San Martín. La primera mención documental de esta efigie es muy tardía: está en el testamento de Doña Mariana del Sello y Contreras, viuda de Don Francisco Bravo de Mendoza, el 12 de noviembre de 1720. Figuraba en el oratorio de la casa familiar, muy próxima a la iglesia, a la cual donó la escultura Don Juan Manuel Bravo de Mendoza, nieto de la dama. Don Elías Tormo, en su utilísima "Cartilla Excursionista", de Segovia, de la serie "Cartillas Excursionistas Tormo", publicada en el Boletín de la Sociedad Española de Excursiones, ya atribuyó a Hernández la escultura. En nuestros días Don Juan de Vera, diligentísimo explorador de las antigüedades y de los archivos de Segovia, encontró la firma *Gregorio Hernández*, trazada a pincel sobre la escultura y con todas las posibles garantías de autenticidad y contemporaneidad. Es uno más de la serie maravillosa de los yacentes del famoso taller vallisoletano, pero, sin duda, el más torpe en la concepción y el más rudo en la labra. Le tengo, por esto, como obra primeriza del escultor, acaso recién llegado entonces de su Galicia nativa.

Es, en cambio, uno de los más bellos de la colección numerosa y admirable —he de vigilar mi peligroso orgullo local para no decir "el más bello"— el que se guarda, dentro de una rica urna barroca, posterior, en la segunda capilla comenzando por los pies del templo, al lado de la epístola de la Catedral. Yo creo que las obras maestras en la copiosa producción del imaginero insigne, lo que da a su gubia situación de primacía, solamente disputada por Montañés, en la imaginería española del XVII, son sus Cristos crucificados y sus Cristos yacentes. Se funden en ellos, como en ninguna otra de las obras de Fernández, el patético realismo aprendido en Juan de Juni y la clásica majestad de un Dios humanado, que es Dios aun en la agonía y en la muerte, herencia de Pompeo Leoni el Milanés. Creo haber estudiado uno por uno los Cristos yacentes de Gregorio Fernández y tengo los mejores ejemplares como obras geniales de la escultura en todos los tiempos y en todos los países. Aquel derrumbamiento causado por la muerte en el bellissimo cuerpo humano, que "pesa" realmente sobre el lecho; aquella laxitud serena que sigue al martirio; aquel perfecto modelado del torso y de los miembros han sido logrados en muy pocas ocasiones y harían calificar al imaginero galaico-vallisoletano de Miguel Angel de la gubia. En el Cristo de

la Catedral de Segovia no es acaso tan bella la cabeza como en los del Pardo y San Plácido de Madrid, pero les supera en la perfección del modelado. Con la gubia no se puede llegar a más.

Los grandes talleres de la imaginería policroma hispánica, que habían de atender a los numerosos pedidos, no solamente de la Península, sino también de América, tienen una característica común: la desigualdad; los altibajos en la labor. El maestro famoso había de rodearse, para dar abasto a los pedidos, de numerosos colaboradores de muy diversa calidad. En el resultado, la cuestión económica revestía capital importancia. Si se trataba de un mecenas generoso, el maestro la tomaba personalmente a su cargo e imprimía en ella el sello de su personalidad. Si, por el contrario, como era muy frecuente, había regateos en el contrato, se limitaba a trazar el plano general y a algunos retoques posteriores. Este debió de ser el caso de la única obra perfectamente documentada de Gregorio Fernández en Segovia: el retablo de San Cosme y San Damián en la Catedral. También se debe su identificación a la incansable diligencia de Don Juan de Vera. En 3 de diciembre de 1602 el Arcipreste de Peñraza Damián Alonso Berrocal ordenaba se enterrase su cuerpo en la capilla del Crucifijo, en la Catedral, y donaba sus bienes a los Santos Cosme y Damián, sus patronos, y a la Virgen María. En 5 de febrero de 1629 el Doctor Pedro Suárez de la Concha, canónigo, y Don Juan Antonio Berrocal Belliza, patronos de la fundación del Arcipreste, fallecido en 1603, concertaban la hechura del retablo con el arquitecto de Segovia Domingo Fernández y, el 21 de diciembre de 1630, se estipulaba en Valladolid la parte escultórica con Gregorio Fernández, que se obligaba a tallar las figuras de los Santos Médicos y de la Inmaculada, que habían de estar acabadas en abril de 1632. Sin embargo, en 1637, un año después de la muerte del artista, aún no se había recibido en Segovia la imagen de la Inmaculada.

Ni en su parte arquitectónica ni en la escultórica es el retablo de San Cosme y San Damián, situado en la tercera capilla del lado del Evangelio (comenzando la cuenta por los pies de la iglesia) una obra muy afortunada. Las imágenes de los Santos Médicos, un poco rechonchas, recuerdan más a la escultura secundaria de los pasos procesionales que a las imágenes trazadas directamente por el gran escultor. Sin duda los herederos de éste enviaron posteriormente, a instancias del Cabildo segoviano, la imagen de la Inmaculada, pues la que figura en el lugar exactamente designado en el contrato es lo

más bello del conjunto y lo único verdaderamente característico del famoso taller.

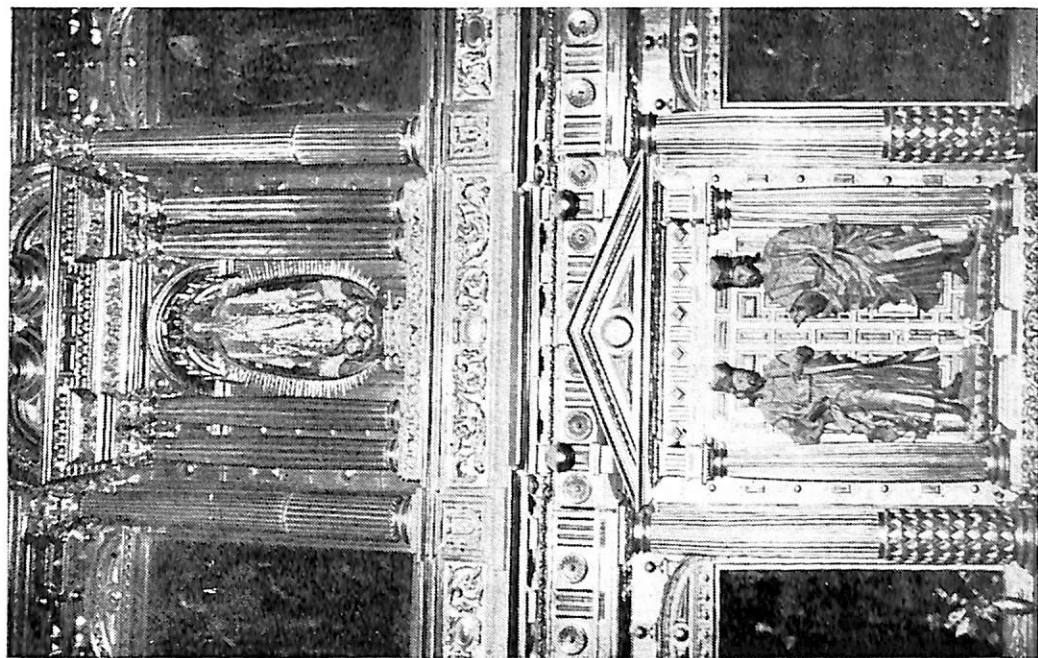
Otro grupo interesante que puede cobijarse bajo el nombre de Fernández está en el convento de Carmelitas Descalzos, fundación de San Juan de la Cruz y custodio de las reliquias del primero de los poetas castellanos. En pocos lugares el espíritu del Carmelo se conserva tan puro como en este austero cenobio, cobijado por las "Peñas Grajeras" por cuya vertiente asciende el huerto, propicio, con sus ermitillas y sus cuevas desde las cuales se domina uno de los paisajes más bellos de España, para la contemplación de las cosas divinas. Sabida es la estrecha relación del devoto artista con la Orden Carmelitana y fácilmente afluirían los encargos del convento de Segovia, cliente, en el orden artístico, de Valladolid. El Padre Fray Juan del Espíritu Santo, que fue luego General de la Orden, siendo prior del Convento lo enriqueció con tantas obras de arte que se tenía en el siglo XVII por el mejor decorado de España. En el libro de apuntes de este insigne religioso, que se conserva en la casa, escribe que en 1630, en previsión de la beatificación de Fray Juan de la Cruz, encargó a Gregorio Fernández una imagen "grande" suya para situarla sobre su sepulcro. La imagen es, sin duda, la que figura en el pequeño museo de los Padres. No es grande, sino de tamaño menor que el natural y probablemente esta expresión es relativa, con relación a las obras del mismo taller que se conservan en el convento y de las cuales luego hablaremos. Es un San Juan juvenil, arrodillado, en actitud extática, sosteniendo la pluma con la diestra y, con la siniestra, la cruz. La policromía, muy rica, es característica.

Las esculturas a que antes nos referíamos componen un pequeño y encantador conjunto en los cuatro nichos abiertos en los pilares de la graciosa capilla de San José, en la iglesia conventual. Son, como dije, de pequeño tamaño y parecen dialogar por parejas: flanqueando el altar, San Joaquín y Santa Ana, y a los pies del Santuario, la Virgen y San José, el cual sostiene el Niño que tiende los brazos a su Madre. La composición me recuerda un lindísimo cantar dialogado, de la época, en que se pondera la delicadeza de los Santos Esposos, que se ceden mutuamente la posesión de su tesoro:

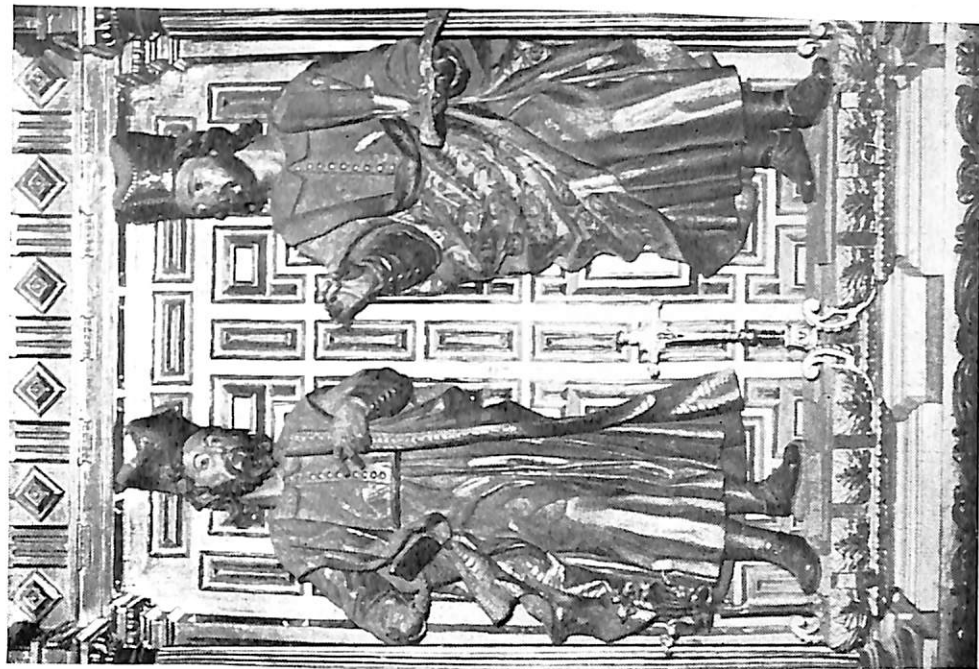
—*¿Querrá venirse conmigo el Niño? ¡Dámelo acá!*

—*Tómalo en tus brazos ya,*

Que pugna de estar contigo.



Gregorio Fernández. Retablo de la Capilla de San Cosme y San Damián (Catedral de Segovia).



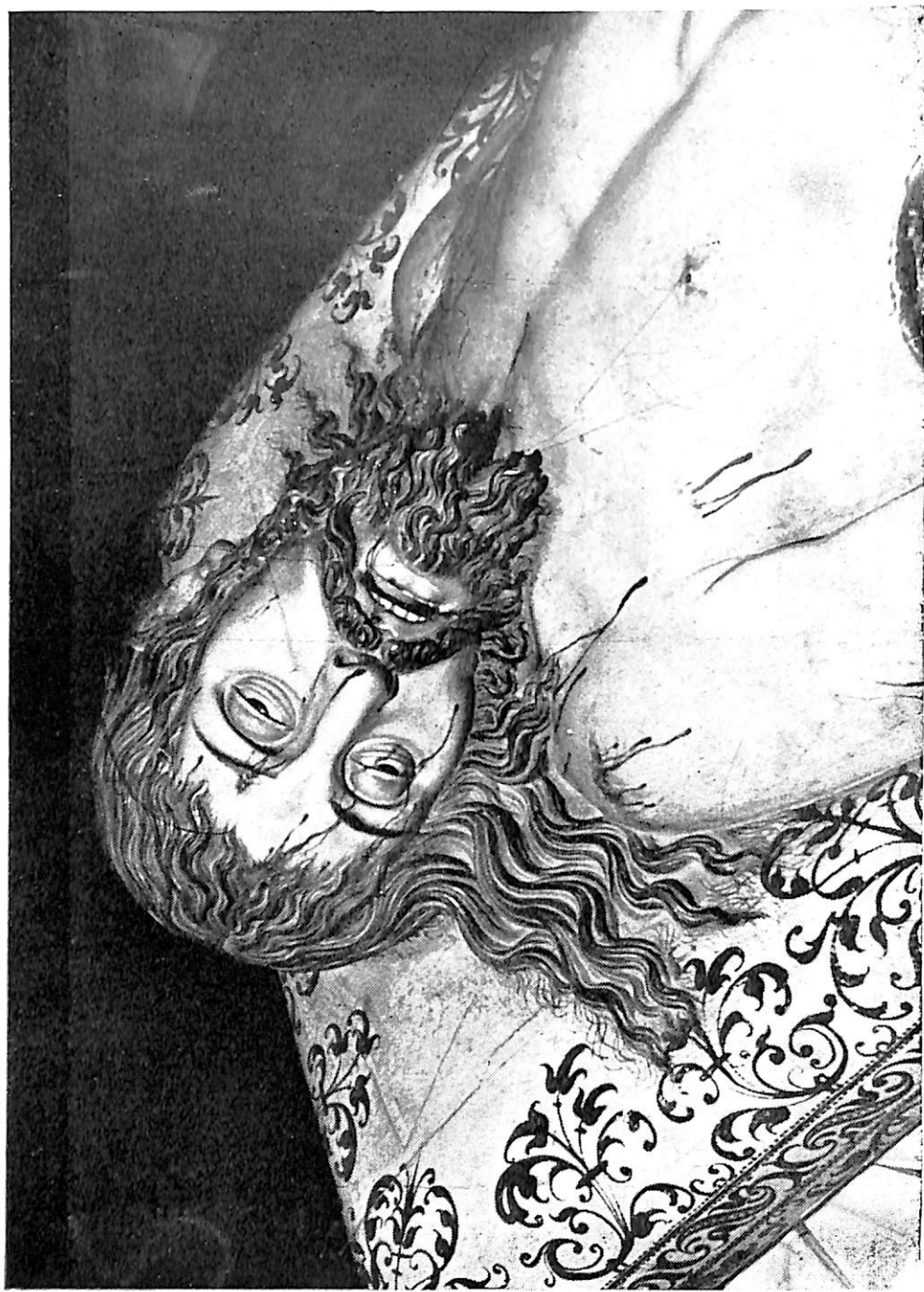
Gregorio Fernández. San Cosme y San Damián (Catedral de Segovia).



Gregorio Fernández. La Asunción (Parroquia del Salvador, Segovia).



Gregorio Fernández. La Inmaculada Concepción (Capilla de las Peraltas, Segovia).



Gregorio Fernández. Cristo Yacente (Catedral de Segovia).

Las primorosas figuras me parecen obra indudable de Gregorio Hernández o de alguno de sus inmediatos seguidores. Los eruditos vallisoletanos podrán, mejor que yo, establecer ciertamente su procedencia.

Tres esculturas más de este origen permanecen aún en Segovia. Todas ellas representan a la Inmaculada, del tipo inconfundible creado por el Maestro: rostro sereno, un poco infantil, de facciones bien modeladas; manto que reviste una forma ligeramente apiramidada, sobre la rica túnica que se pliega en ángulos de tradición gótica; las manos juntas, en signo de oración. Es el tipo que aparece en el retablo central de la Catedral de Plasencia y en la imagen del convento madrileño de la Encarnación. En Segovia esta manera de representar el Misterio tiene algunas bellas manifestaciones. Una está, entre abundante hojarasca barroca, en el altar mayor del Convento de Madres Concepcionistas que llaman "Las Peraltas" porque ocupan el antiguo palacio de los Avendaño, en la calle del Licenciado Peralta. Más importante y una de las obras más interesantes del taller vallisoletano es la Virgen que, rodeada de un vuelo de ángeles niños, ocupa el altar de la capilla de los Gonzales del Salvador, ricos pañeros, en la parroquia de su nombre. Otra Inmaculada del tipo creado por el gran escultor gallego está actualmente en la Sacristía de la parroquia románica de la Trinidad.

Voy a terminar, pues reconozco mi osadía al hablar de la escultura vallisoletana ante aquellos que tan certera y sagazmente han estudiado de manera agotadora su proceso. Una vez más, señores Académicos, he de daros las gracias porque, al agregarme a vuestra Corporación, de tan gloriosa historia, me habéis vinculado a este Valladolid, centro un día de dos mundos. De esta Ciudad que es uno de los focos de ese gran arte, ignorado quizá en España, que es la escultura polícroma que tiene la virtud de convertir la madera de los pinares de Tierra de Campos en joyas esmaltadas más bellas que los mármoles y los bronces de Italia. Y hoy me es grato reconocer aquí la deuda que mi Segovia vernácula tiene con vuestra Ciudad, capital artística de la Vieja Castilla.

* * *

Contestación del Excmo. Sr. D. Nicomedes Sanz y Ruíz de la Peña

Señores Académicos:

Pocas veces en la vida se presenta ocasión de henchir el alma de júbilo, como la disfruto hoy, al recibir en nombre de nuestra tricentenaria Academia a un viejo y querido amigo, al que me siento unido por muchos vínculos espirituales, por algunas lindes que limitan campos y por una entrañable encrucijada de paisanaje, que, si no del todo efectivo, se cifra en el cincuenta por ciento de mi ascendencia segoviana. La calibrada acaso con mejor emoción, porque de la tierra y el alma de Segovia han advenido los entusiasmos de mi crear, y a Segovia y a mis amigos segovianos, se aferran, también, mis afectos y añoranzas. En el decurso de los años cobran densidad, van sedimentando en sentimientos permanentes, frente a la tierra, los hombres y el paisaje, que, con Segovia, enraízan los primeros versos, el primer amor, el impulso hacia la gloria efímera de alcanzar cumbres ideales, la más excelsa expansión del ser hacia el infinito y, en suma, cuanto de emotivo y grato cabalga en el recuerdo a prueba de tristezas y desilusiones. No es éste momento de valorar nostalgias, sino de abrir las compuertas del júbilo, que lo merece el arribo de la preclara personalidad de nuestro nuevo compañero, en quien concurren tantos y tan altos valores positivos, que nos obliga a sentirnos elevados por verle sentado a nuestra vera y compartiendo el pan y la sal de nuestro esfuerzo para llevar la nave carcomida de la Academia hacia las auras inefables de las cinco concepciones del arte, por un camino imaginario que, si signado por muchas estelas de gloria en tres siglos de existencia, puede izarnos a más alta perfección de la mano del viro ilustre que hoy llega, con su modestia habitual, como pisando sobre nubes, para que los pasos no resuenen, ni retumbe el eco, ni canten las esquilas del gozo interior, que están pugnando por saltar sobre las torres de la ciudad, para volar por los campos mágicos de Castilla, la eterna y la admirable, que siente, piensa y crea, presumiendo un poco de estar de vuelta de todas las alturas y de dejar resbalar las emociones sobre la piel, sin confesarse que acusa las espinas de la ternura y el dolor, aunque, para ocultarlo, abuse del escepticismo, que hemos elevado a tópico, y finja indiferencia cuando admira y valora y cree y se siente orgullosa de los hombres que pare y gasta en la hoguera del trabajo o en las claras empresas del espíritu. Así, hoy, Valladolid, identificado

con su Academia y con mi voz, cotiza el noble orgullo de abrir los brazos para recibir al gran caballero que viene a ocupar un lugar en la nómina de su Agora, quedando de por vida preso a nosotros por este hilo invisible de compañerismo y amistad, acaso más recio que los más logrados cabos materiales.

Mi admiración por Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya, no ha surgido de momento ni por generación espontánea. Viene bullendo casi desde la cuna y acaudalándose en el tiempo con nuevos matices y motivos, hasta coronar un macrocosmos, que se nutre de muchos microcosmos, tantos como facetas se dan en la vida de este hombre ejemplar que une, con la aristocracia de la sangre, la del espíritu y la bondad, con señorío y tono de los que no se alcanzan ni se infunden, porque crecen como gracia divina, a través de generaciones y centurias, en un proceso de selección, que no admite fraudes ni improvisaciones, porque este don de nacer señor es una de las pocas cosas serias que aún pueden exaltarse en la tierra.

Unos años mayor que yo —nació en Segovia en 1893—, mantenía en alto la antorcha de la espiritualidad lírica en la vieja ciudad castellana, cuando mi generación, al lado de Machado, mi maestro y mi guía, tendía los primeros pasos imprecisos hacia la luz estelar de la Poesía, bebida con timidez en claras fuentes, a veces de auténtica calidad, frescas y lozanas, como el hontanar de Pepe Rincón Lazcano, el magnífico poeta casi ignorado, que fue, también, guía y espejo de poetas de la tierra y el aura de Segovia, a quien mucho quise y a quien mucho debo. El Marqués de Lozoya vino al mundo signado por el quid divino e indeclinable de la poesía y de la generosidad. Fue llevado a la pila bautismal por los brazos de otro poeta, denso y arrogante: el Conde de Cheste, que trasladó a sonoros versos castellanos La Divina Comedia, Las Lusiadas y Orlando Furioso.

Perdonad, queridos compañeros, que, en este acto solemne, vuelva la mirada al paisaje retrospectivo y comience a valorar nostalgias y recrearme con temas antañones. A la Poesía del Marqués de Lozoya van atados muchos acaeceres por el hilo invisible de la atracción y por el deseo de echar a subir la fantasía por el aire palpable del cielo segoviano, al tiempo que se hincan anclas en lo profundo, para que, tomando norma del pino de la tierra —¡nuestros pinos del Temeroso y de Pinarnegrillo!—, la raíz nutra a la copa, y este símbolo del cuerpo en la tierra y el alma en la luz, sea traza de nuestra expresión anímica, que es tierra, camino, historia, arquitectura, color, flores, amaneceres y crepúsculos, que van llenando vacíos, nutriendo el

ánima de añoranzas y, sin darnos cuenta, vienen a la pluma y toman cuerpo real, en el verso aislado o en la armonía del poema, cuajando en valores, si impalpables, absolutos, que nos dan la tierra y el cielo, la tradición y la historia, el paisaje y el aura, que para nosotros, los poetas formados en la escuela clásica, juegan triunfos excelsos y eternos, siquiera la moda nos empuje y vayamos quedando rezagados, con relación a lo que llaman normas actuales de crear.

En nuestro recipiendario, lo primero, es el Poeta. Lo primero en el tiempo y lo primero en el espacio, desde el nacer al morir, que dijo el asceta, y desde un polo a otro. Nacer y morir y, en el centro, una carrera larga y una trayectoria definida. El poeta nace, estamos acostumbrados a oír, y nace con todas sus eminentes cualidades ya en potencia, que, luego, se centran y se depuran con la cultura y con los años, pero llevando el germen luminoso, que las hadas entregan en la cuna y que hay que acaudalar en la vida, como cruz o como cetro, en ambos casos carga indeclinable, que forma parte de nuestro ser y de nuestra razón de existir. Así en el poeta Juan de Contreras y López de Ayala, en el que se suman y concuerdan la gloria propia con la honra literaria heredada, como los blasones y la sangre, en este caso auténticos y efectivos. De un lado, el fiero temple de los Contreras, nobles, bravos, pendencieros, conquistadores de historias y de mundos, casi siempre ocupados en espantables aventuras de guerra, que, sin el empleo del brazo y el arma no se sienten perfectos... Al otro extremo, la reposada reflexión de los López de Ayala, cortesanos sagaces, espléndidos en vivir y en gozar los dones de la fortuna, tomando como cabeza del linaje literario al magno Canciller, a quien muchas veces me he acercado con admiración y respeto, en cuanto a poeta y humanista, sino tanto como político oportunista, a quien el maestro Menéndez y Pelayo retrató en estas frases: "Su larga vida, que le permitió alcanzar cinco reyes de Castilla, fue una obra maestra de engrandecimiento y medro personal, una verdadera obra de arte, más interesante que su Rimado en Palacio, aunque menos noble que sus crónicas". Con tan contrapunteados ejemplares humanos en su alcurnia, en el actual Marqués de Lozoya, se da, acaso, un tanto la contradicción, en lo que a su ascendencia paterna se refiere, y sedimentan las virtudes de poeta excelso —que luego vendrán a cuento otras—, que, con los años y el estudio, va trocando la lira por la erudición, hasta llegar a un pináculo pocas veces escalado, en que poesía y sabiduría se aglomeran y, sin desdoro de ninguna, desbordan su caudal por campos, paisajes y ciudades, con

motor propio y con originalidad, no atropada en lindes ajenas, sino bebidas en el mar intenso de la meditación y el estudio.

Esta geografía, chiquita e imponente, de nuestra Segovia entrañable, lo da todo: El pan del alma en la lírica, y el del saber para el erudito en arte: Desde las calcinadas piedras de la muralla, en las que la mano de algún segoviano de hace cuatro mil años, desvelado en la escucha, trazó una figura, un esquema o unas letras, hasta el paisaje en que nos embebemos y el aire que se nos huye entre los dedos, todo se cifra y afirma Poesía...: La brisa peinando nuestros pinos, la nieve coronando nuestras montañas, los arroyos que vivifican la tierra, la yunta que ara, el trigal que se impacienta en olas, la florecilla que despierta al lado del camino, el castillo y la torre, el baile y la procesión, la liturgia y el rezo callado, la campana solemne y la esquila cantarina, se centran Poesía, que el Poeta capta y elabora, da vida perdurable y encierra en la caja mágica de la estrofa, juntando palabras y maridando ideas, acaudalando sentimientos, enhebrando imágenes en emoción... Poniendo el alma y la lira al servicio de nobles empresas y, en definitiva, dando suelta a un mundo íntimo, que se alza sobre el tiempo y sobre su propio creador, hasta escalar la difícil perfección de la soledad sonora, que es timbre máximo de la poesía castellana de todas las edades y de todas las tendencias... Esto, y mucho más, se acuerda en la poesía ilustre del Marqués de Lozoya, al que, en lejanos años, comencé a admirar, como raíz y norma de nuestra tierra, donde él ha nacido y yo he comenzado a vivir, conociendo su nombre antes que sus obras, por su feudo del Temeroso, lindante con mis pinares y praderas de Pinarnegrillo, propicios para el éxtasis y para las grandes galopadas a lomos de potrillos en doma, lidiando el ciervo serrano.

Quizá esta comunión de ideas y de paisanaje, justifique de algún modo su empeño de que sea precisamente mi voz la que le dé la bienvenida, cuando tantos compañeros hay que pudieran suplirme con ventaja, si no en admiración y afecto al recipiendario, en el que, os lo reitero, quiero saludar al poeta de la tradición y de la tierra, que ha logrado elevar temas viejos a rango nuevo y original, granando cendal propio en la entraña poética, centrada en los cánones, demostrando que se puede ser original sin abandonar la forma, cantando con brío en romances transparentes, sonetos rotundos, liras, octavas y décimas, como cantaron los poetas vigentes a lo largo de los siglos, acumulando cada día laureles y gloria, que, dentro de la efímera vida del hombre, perpetúan contrastes y constancias. Los

versos de Juan de Contreras y López de Ayala, han nacido para la gran intimidad de la raza hispana y para la eternidad relativa de la permanencia en el tiempo, como los de su legendario abuelo el Canciller y como los de todos los poetas que traen mensaje auténtico, aunque no le cacareen, como los que nos le dan a conocer en programas inverosímiles, nada al fin, más que con obras manifiestas que acrediten excelencias.

Sobre mucha obra poética dispersa en periódicos y revistas, la recogido en libros comprende los siguientes títulos:

“Poemas arcaicos”; “Poemas de añoranzas”; “Sonetos espirituales”; “Poemas castellanos”; “Romances del llano”; “Cantar de las tierras altas”.

Y ya que he hablado del poeta, será bien recordar al erudito, al sagaz crítico de arte, al historiador fecundo, al novelista, al estilista, que de todo hay en la viña del Señor. Doctor en Derecho y en Filosofía y Letras, catedrático de Historia Moderna y regente de la cátedra “Luis Vives”, en la Universidad de Valencia, y hoy de la Universidad Central; Director General de Bellas Artes, Director de la Casa de España en Roma; Director de la Universidad Popular de Segovia; miembro de las Reales Academias de la Historia y Bellas Artes, Correspondiente del Instituto de Coimbra; Premio Fastenrath de la Real Academia Española; mensajero durante muchos viajes de la cultura española en América, conferenciante propicio a dejar oír su voz en bien del arte patrio en cuantos lugares se le reclame... Cada día va dando cima a un afán, coronando un otero, abriendo fronteras a los estudios artísticos, dando al asombro de propios y extraños su Historia del Arte Hispánico, sin duda el más preclaro monumento nacido hasta ahora de pluma española, y que, por sí solo, bastaría para justificar el paso de un hombre por la tierra, a que hay que unir sus incesantes colaboraciones en revistas españolas y de fuera de España y sus conferencias en las más prestigiosas tribunas de Europa y de América.

A los libros mencionados hemos de sumar, entre los que recuerdo, los siguientes:

“Doña Angelina de Grecia”; “Vida del segoviano Rodrigo de Contreras, Gobernador de Nicaragua”; “La campaña de Navarra: 1793-1795”; “El concepto romántico de la Historia”; “La Casa Segoviana”; “El Monasterio de San Antonio el Real, de Segovia”; “El Corregidor” (novela); “Santiago, Patrón de España”; “Los orí-

genes del Imperio"; "Introducción a la biografía del Canciller Ayala".

Con este bagaje ilustre, como poeta, como erudito, como estilista y como hombre de modestia y de bondad extremadas, llega a nuestra Real Academia el Marqués de Lozoya, al que me congratulo de abrir la puerta grande, la de las solemnidades de excepción y, lo digo por mí, la de la mejor emoción, que también cuenta. Vinculado por patrocinio a la insigne Casa de Cervantes, donde la Academia tiene acomodo, conoce de nuestra vida y de nuestro afán de superación, de nuestro deseo de ir más allá y de nuestra pobreza digna. La rama lozana y joven de su consejo, se injerta en el viejo tronco tricentenario, que cada año vemos reverdecer y dar flores, con brotes exultantes, casi por un milagro de constancia, cuando los apoyos que no debieran faltar se alejan y la vida misma de la Academia peligra porque las instituciones que pueden fortalecerla retiran el hombro...

Es alentador para nosotros, los que aún ponemos la supremacía espiritual sobre la materia, que vengan a nuestra casa y gremio, varones del temple del Marqués de Lozoya, con su ofrenda de poesía, con su carga de erudición, con muchos siglos de tradición y de historia. A lo largo del tiempo, nuestros linajes y nuestros apellidos se han cruzado en las encrucijadas de la historia de Castilla, a veces, hombro con hombro o discrepando en conceptos o banderías, que también, de la discordia, nacen la luz y la verdad. Al llegar este momento solemne, me pierdo un poco en la maraña de los tiempos, quizá por impulso atávico, que me lleva a valorar nostalgias, cuando es hora de heñir plácemes y echar campanas a vuelo. En mi emoción y en mi afecto hacia Juan de Contreras están vibrando ya, y se me hace el alma Segovia, Valladolid y Castilla en este abrazo con que le recibo como miembro insigne de nuestra Casa y gremio.